Ensanchar la mirada

Documentación Social ha dedicado buena parte de su trayectoria a mirar de cerca: la pobreza que se hereda, la vivienda que expulsa, el empleo que ya no protege, los derechos que existen en el papel y se diluyen en una ventanilla. Dedicar un número a la cooperación internacional y a la acción humanitaria podría parecer un desvío. Pero no lo es. Es, más bien, una manera de completar esa mirada.

A través de tres miradas complementarias, este número analiza la crisis del sistema de cooperación, la multiplicación de las emergencias humanitarias y el olvido al que quedan relegadas muchas de ellas, así como la influencia de intereses que no siempre responden a las necesidades de las poblaciones afectadas. Más allá de estos diagnósticos, conviene plantear una pregunta fundamental: ¿por qué debería importarnos todo aquello desde aquí?

Desde una mirada más *egoísta*, desde lo que nos interpela, la respuesta está en la estrecha relación entre las dinámicas globales y las realidades que encontramos cada día en nuestros pueblos y nuestros barrios. Quien trabaja en un servicio de acogida, en un centro de día o en un proyecto de empleo sabe que las llamadas *crisis olvidadas* tienen nombre y apellidos en nuestros barrios. Las guerras que abren los telediarios son la razón por la que alguien llega a una parroquia buscando dónde dormir; el hambre que se mide en millones en un informe internacional es, aquí, una persona que necesita empadronarse para poder ir al médico.

No hay dos realidades, una *social* y otra *internacional*. Hay una misma realidad de exclusión que se manifiesta a distintas escalas y que, cada vez más, se encuentra en la misma calle.

Pero desde una mirada que trascienda el impacto que tiene aquí lo que ocurre allí, debe importarnos porque hablamos de seres

humanos. Debe interpelarnos como miembros de una misma especie, como parte responsable, también, de las consecuencias que el consumo y estilo de vida de una parte del planeta tiene sobre la otra. Debe importarnos por pura humanidad.

Las dinámicas de la cooperación internacional también resultan familiares para quienes conocen la intervención social en España: la ayuda que se reparte según la visibilidad y no según la necesidad; la financiación a corto plazo y cada vez más condicionada, que impide acompañar procesos y obliga a vivir de convocatoria en convocatoria; la tentación de atender solo la urgencia y abandonar lo estructural; el riesgo que se traslada a quien está en primera línea; la deuda que estrecha el margen de decisión, sea el de un país o el de una familia.

También el olvido funciona igual. Las crisis olvidadas tienen su equivalente cercano en los barrios que no salen en las noticias, en las poblaciones o comunidades que no votan o no cuentan, en los problemas que se cronifican precisamente porque nadie los mira. Mirar fuera, en este sentido, no nos distrae de lo de dentro: nos ayuda a entenderlo mejor. Los mecanismos que producen exclusión no conocen fronteras, y las respuestas que funcionan tampoco deberían conocerlas.

En tiempos de recursos escasos reaparece siempre el mismo argumento: primero lo nuestro. Hoy se usa para justificar recortes en cooperación en nombre de otras prioridades, sean presupuestarias o de seguridad. Este discurso no es nuevo para quienes trabajamos en lo social, porque es exactamente el mismo que se utiliza, dentro de nuestras fronteras, para racionar la protección y decidir quién *merece* ser atendido y quién no.

Conviene desmontarlo con calma. El Estado de bienestar se construyó sobre una visión poderosa (aunque en peligro): que el lugar y las condiciones en que uno nace no deberían decidir su destino. La pregunta que plantea la cooperación internacional es si esa intuición se detiene en la frontera.

Una sociedad que se acostumbra a olvidar a quienes están lejos acaba aprendiendo también a olvidar a quienes tiene cerca. La fraternidad, como recordaba el papa Francisco en *Fratelli tutti*, o es universal o se queda en simpatía entre los nuestros.

La crisis de la cooperación ofrece, además, una oportunidad para revisar sus fundamentos. Durante décadas se habló de *ayuda*, de donantes y receptores, de proyectos diseñados en un lugar para ejecutarse en otro. Hoy se habla cada vez con más fuerza de liderazgo local, de apropiación, de que las comunidades definan qué desarrollo quieren. Desde el Sur llegan además voces que reclaman algo distinto: relaciones justas, reglas equitativas, capacidad de decidir.

La intervención social en España recorrió un camino parecido (y sigue): del asistencialismo al enfoque de derechos, de *atender a* a *acompañar con*, del beneficiario a la persona protagonista de su propio proceso. Esa experiencia, con sus aciertos y sus contradicciones, tiene mucho que aportar al debate internacional. Y el debate internacional tiene mucho que devolvernos: pocas lecciones sobre participación son tan valiosas como las que vienen de comunidades que llevan décadas reclamando que se las escuche en lugar de decidir por ellas.

España vive este momento con una posición singular. Cuenta con un marco legal que sitúa la coherencia de políticas y la solidaridad global en el centro, ha asumido compromisos de financiación explícitos y tiene una tradición de cooperación descentralizada que acerca lo internacional a comunidades autónomas, ayuntamientos, asociaciones y parroquias. Pero los compromisos solo se sostienen si hay una ciudadanía que los reclame. Y esa ciudadanía no se improvisa, debe formarse, informarse y cultivarse.

Ahí encuentra su sentido un número como este. Las cifras, por sí solas, rara vez despiertan compromiso; a menudo producen el efecto contrario, una especie de fatiga que invita a apartar

la vista. Lo que una revista puede hacer es ofrecer contexto, conectar lo que parece lejano con lo que nos resulta cotidiano y recordar que detrás de cada tendencia hay decisiones, y que las decisiones pueden cambiarse.

Ensanchar la mirada no significa mirar hacia otro lado. Significa mirar lo mismo, la pobreza, la exclusión, los derechos negados… a otra escala, y descubrir que las preguntas son idénticas: quién decide, quién se queda fuera, quién paga. Lo internacional no es un tema más. Es la misma pregunta por los derechos humanos de las personas, formulada con el mundo entero como horizonte.

Ojalá las páginas que siguen sirvan para eso, para que lo lejano deje de ser ajeno.

Número 24, 2026